

CRISTINA PALOMAR VEREA

## Probando las fronteras del género.

### Comentarios a partir de la película *Hasta el límite*

La coincidencia de estar preparando el número siete de *La ventana*, y por esos días tener la oportunidad de ver en el cine la película *Hasta el límite* (*G.I.Jane*, de Ridley Scott, 1997), protagonizada por Demi Moore, fue lo que originó estos comentarios. No es la intención hacer crítica de cine ni aplicar dispositivos de análisis social a las películas. La única justificación para estos comentarios, es que vienen muy a propósito del tema de nuestro número: las masculinidades y sus asegunes.

No entraré en detalles técnicos ni cinematográficos relativos a la película, que para eso están los críticos; ya Lucy Virgen<sup>1</sup> dijo que no es una película muy

bien lograda, aunque reconoce que tiene buen reparto y que su director es bueno y hasta logra escenas bien filmadas. Sin embargo, opina también que el guión es débil y que la historia no se sostiene suficientemente. Habiendo aclarado esto, me restringiré a comentar lo que la historia sugiere sobre el tema que nos ocupa.

*Hasta el límite* tiene un tema muy actual: meses antes de que esta película llegara a Guadalajara, se supo del escándalo suscitado en el ejército norteamericano por el caso de la teniente Kelly Flinn, licenciada a la fuerza por cometer adulterio después de padecer un proceso de juicio marcado por criterios machistas. A Flinn le costó que se le cancelara la posibilidad de pilotear un avión especial de guerra que solamente pilotean varones, aunque, en teoría, en los Estados Unidos las mujeres militares pueden acceder a todos los puestos, exceptuando los de combate directo. En 1976 se aprobó el acceso femenino a las academias, y en

<sup>1</sup> Lucy Virgen. "¿Lo tienen en otro color, además de verde?" . *El Informador*, Guadalajara, 27 de noviembre de 1997.

1996 se registraron 192 200 mujeres en el ejército norteamericano; esto es, 12.95%.<sup>2</sup>

Por su parte, la historia de la película parte del hecho singular de que una experta en telecomunicaciones del ejército norteamericano, la teniente Jordan O' Neil, recibe la propuesta inesperada de ingresar en un grupo militar especializado llamado *Seals*, caracterizado por tener que pasar por un entrenamiento extraordinariamente rudo. Éste recuerda los rituales de iniciación que algunos antropólogos han estudiado en diversos grupos humanos, y que parece consistir en interminables pruebas de resistencia física y psicológica, destinadas al aprendizaje de destrezas militares para soportar imaginarias torturas extraordinariamente crueles y persistentes y las peores condiciones de guerra. Se nos hace saber que de este entrena-

miento deserta, antes de terminarlo, 60% de quienes lo inician que son, hasta antes del ofrecimiento a la teniente O' Neil, en su totalidad varones.

La guerra y el mundo militar son espacios en los que se han depurado ideales particulares de masculinidad, y en los que la fabricación de cierto tipo de cuerpo es fundamental, ya que una de las dimensiones que más distingue la vida militar de la vida civil cotidiana, es la dimensión física. La identificación de la masculinidad con dicha dimensión es, por lo tanto, una fuerte razón para que la vida militar continúe tomándose como un espacio privilegiado para forjar y hacer la masculinidad, a pesar de que en muchos países la inclusión de mujeres en el ejército ha ido ampliándose: En Bélgica desapareció a partir de 1981 todo tipo de discriminación entre las mujeres y los hombres militares. En caso de conflicto, las mujeres pueden ocupar puestos de combate; en 1996, hay 2 950 mujeres en el ejército, es decir, 6.48% del total.

<sup>2</sup>Jesús Rodríguez. "Mujeres militares. La última trinchera", *El País semanal*, núm. 1.125, Madrid, 19 de abril de 1998, p.50.

En Canadá, desde 1971, desapareció el sistema de cupo y desde 1989 se desarrolla un plan para la integración de las mujeres en todas las unidades, excepto en las dotaciones de submarinos. En 1996 hay 8 700 mujeres en el ejército, 12.34% del total.

En Dinamarca se retiraron en 1988 todas las restricciones en las asignaciones femeninas a las unidades de combate, y para 1996 se registraban mil mujeres en el ejército (2.92%).

En Grecia un decreto emitido en 1978 posibilita la incorporación de la mujer a las fuerzas armadas según cupos concretos; en tiempo de guerra pueden ser llamadas a filas, pero no a combatir. Para 1996 se registraban 5 300 mujeres en el ejército (3.15%).

En Holanda las condiciones de ingreso y trabajo en las fuerzas armadas son iguales para hombres y mujeres, aunque están excluidas de los cuerpos de Marina y Submarinos. En 1996, en ese país se contaba con 2 600 mujeres en el ejército, 4.12% del total.

En Francia, aunque las mujeres tienen prohibido el acceso a puestos de combate, en 1996 se registraron 17 100 mujeres, 4.2% del ejército.

En Alemania está prohibido que las mujeres se entrenen con armamento, y su participación en las fuerzas armadas se limita a los cuerpos sanitarios. En Italia está en estudio la incorporación de las mujeres al ejército. En Inglaterra, las militares tienen un servicio femenino separado de los hombres con diferente código disciplinario y la imposibilidad de acceder a puestos de combate; aun así, en 1996 se registraban 15 300 mujeres, 6.77% del total. Finalmente, en Israel las mujeres no combaten desde 1949: sólo sirven en destinos administrativos y de servicios, aunque el servicio militar es obligatorio y dura 20 meses, frente a 36 de los hombres.<sup>3</sup>

Volviendo a la película, en ésta se presenta una confusa mezcla de razo-

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 50 y 52.

nes políticas, intereses militares, azares y un buen historial militar de la teniente O' Neil, además de su presencia considerada suficientemente "femenina", como explicación de la insólita propuesta que se refiere más arriba. Todavía más lo resulta cuando nos enteramos de que, antes de recibir la invitación a tan peculiar entrenamiento, O' Neil había estado interesada en participar en la Guerra del Golfo y se le negó la posibilidad, con el argumento de que no podía compartir con sus compañeros el único baño a bordo de un submarino. Una vez que acepta la propuesta, a ella le queda muy claro lo que tiene que hacer: borrar todo aquello que en su consideración la pone en evidencia como mujer: corta su largo pelo y se somete a una disciplina física tal, que puede verse cómo su cuerpo va desarrollando una impresionante musculatura y una fuerza inesperada. Sin embargo, para su desesperación, esto no es suficiente: quienes la rodean siguen viendo en ella a alguien *diferen-*

*te*, que los mueve a tratarla de una manera distinta y esto no es lo que ella quiere. La teniente O' Neil se dispone a cumplir con el entrenamiento, intentando hacer caso omiso de la diferencia de sexos, y de las fronteras del género. Da la impresión de que está dispuesta a probar que ser un buen integrante de ese equipo de máquinas de guerra no tiene que ver con si se es hombre o mujer. Después de todo, las máquinas no tienen sexo ni lo necesitan para nada. Parecería que O' Neil quisiera *incorporar* el ideal de género que el mundo militar requiere, y se somete a un proceso que podría llamarse de *masculinización*. Finalmente, el entrenamiento militar que incluye la disciplina, el control y, también, la mortificación del cuerpo, es lo que hace que el cuerpo individual y el autoconcepto de cada soldado sea identificado con esa forma colectiva de cuerpo de hombre.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> David H.J. Morgan. "Theater of War. Combat, the Military, and Masculinities", Brod y Kaufman (eds). *Theorizing Masculinities*, Sage Publications, Los Ángeles, 1994, p. 167.

Desde el principio, la teniente O' Neil se niega a aceptar cualquier privilegio o diferencia que pueda facilitar el entrenamiento o disminuir las exigencias militares por razones de sexo, cuestión que hace enojar a sus superiores. Evidentemente, si ella logra terminar el entrenamiento, esto dejará mal parados a " los muchachos" , que se supone que, al ser parte de ese grupo, serán los emblemas más duros y perfectos del guerrero que simboliza una masculinidad específica. Sin embargo, ella no tiene intenciones feministas: " no quiero ser el emblema de los derechos de la mujer" , afirmación inesperada que introduce una confusión en lo que estábamos viendo, porque no había razón para suponer que alguien viera tal cosa en ella y, sobre todo, que no permite saber qué es lo que se entiende por feminismo en la película.

O' Neil soporta estoicamente el entrenamiento, a pesar de que para ella es todavía más rudo que para sus com-

pañeros, ya que tiene que aguantar la inquina de superiores y colegas que se sienten ofendidos porque una mujer pueda competir con lo que se supone es cuestión nomás de machos, y de muy machos. Ya se sabe que cuando comienzan a ingresar mujeres en los campos profesionales tradicionalmente masculinos, éstos se desvalorizan económicamente; si a lo anterior se agrega la pérdida de identidad y de prestigio sexual, eso se vuelve insostenible. Lo central reside en que la separación de género de los campos de la práctica social conlleva profundos sentimientos de identidad y de autoafirmación, y que esto se encuentra en la base de la institución militar. Porque no se trata de incluir a algunas mujeres en puestos administrativos o técnicos más o menos pasivos; se trata de que una mujer ingrese en un equipo especializado en el que lo que se entiende como las virtudes viriles son consagradas como las más elevadas de ese modelo de masculini-

dad guerrera. Por lo tanto, si una mujer es capaz de llegar ahí y de cumplir con todas las etapas del entrenamiento, además de soportar las humillaciones y violencias gratuitas, se pone en cuestión la identidad de esos soldados en tanto varones, cuya subjetividad depende del modelo de masculinidad institucional.

En los Estados Unidos, desde la segunda guerra mundial, la proporción de mujeres en las fuerzas armadas ha ido aumentando irreversiblemente. Después de la guerra de Corea y de Vietnam, en 1970, el servicio militar en Estados Unidos dejó de ser obligatorio y comenzaron a admitir al voluntariado de los dos sexos. En 1980, las mujeres llegaron a ser 8.5% del total del ejército. En la operación Tormenta del Desierto contra Irak, en 1991, participaron 41 mil mujeres, 7% de los efectivos norteamericanos en la zona. Actualmente, con gran cantidad de mujeres en puestos de mando e inteligencia militar, está por caer la última

barrera: la del combate en primera línea de fuego.<sup>5</sup>

La vida militar ha sido vista siempre como un coto profesional masculino. Así como otros aspectos de las divisiones de trabajo de género, las expectativas de ingresar en el mundo militar y las prohibiciones que conlleva, definen no solamente *quién* hace *qué*, sino sobre todo *quién es qué*. En este tipo de instituciones parece evidenciarse claramente la esencia misma de lo que es el género, que es lo que ha creado y reproducido las divisiones socialmente construidas de manera tan amplia y tan efectiva. Es muy generalizada la asociación de género entre guerra y soldados; la guerra y lo militar representan uno de los lugares privilegiados donde se ligan directamente las masculinidades hegemónicas y donde los cuerpos de los hombres son literalmente forjados conforme a ideales específicos de gé-

<sup>5</sup> Rodríguez, *op. cit.*, p. 52.

nero, entre cuyos elementos básicos están la disciplina, el control del cuerpo, la exposición permanente al riesgo, al peligro, al daño y la privación.<sup>6</sup>

Es interesante el efecto que produce esta historia cinematográfica: introducir en “ la institución más masculina ” <sup>7</sup> (en el sentido de lo militar como emblemático de un modelo de masculinidad que se plantea como algo monolítico, asociado a la fuerza, al combate y al control) el elemento femenino, permite pensar cosas que sólo así se hacen evidentes. Es el efecto metodológico de explorar esos tipos imaginarios que son fabricados sin que tengan correspondencia con la realidad, pero que permiten operar sobre ésta y volverla comprensible, en este caso por la vía de buscar el contraste con otros tipos igualmente contruidos. Probablemente, es el potencial de análisis de los estereotipos, que en

general se consideran de poco interés porque pueden ser tomados como demasiado *obvios*, demasiado *claros* respecto a su significado, el que constituye una veta muy rica de exploración por los elementos que condensa y por la relación entre éstos, frecuentemente contradictoria y ambigua, que revelan nuevas dimensiones a los fenómenos de estudio.

Esta cuestión se muestra de manera violenta en una escena particular de la película, probablemente la más significativa en relación con el significado de este hecho. Se trata de la escena cuando el grupo de O' Neil, en un simulacro de combate, es atrapado. Como ella era la encargada de esa misión, es llevada aparte con el oficial que intenta su rendición golpeándola violentamente y humillándola a la vista de sus compañeros quienes, literalmente enjaulados, no pueden hacer nada por ella y son puestos en la disyuntiva de rendirse para evitar la tortura de su compañera, o guardar silencio y tole-

<sup>6</sup> Morgan, *op. cit.*

<sup>7</sup> Debe señalarse que al interior de la institución puede haber rangos de masculinidad, más que una sola masculinidad hegemónica.

rarla sin saber hasta dónde terminará eso. La situación se resuelve cuando O' Neil decide no rendirse, les exige a sus compañeros guardar silencio, y ya en el límite, sudorosa, sangrante y en el suelo, le grita a su agresor: " ¡chúpame el pito!" , expresión machista usual en inglés para humillar a alguien, con lo que se da a entender que si ahí hay alguien que sabe cómo hay que portarse y que ha aprendido bien la lección de cómo ser macho, es justamente ella.

Pero las conclusiones de esa escena no son tan sencillas: si ella vence al oficial que la quiere doblegar, ¿quiere decir que ella es más fuerte que él? Si ella es capaz de sofocar con un orden los sentimientos de piedad y de compasión que sus compañeros sienten ante la golpiza, ¿de qué lado queda lo femenino y de qué lado lo masculino?, ¿cómo es que la única mujer que está ahí es quien puede mostrar más dureza?

La otra cuestión que se presenta es que la piedad y la compasión son

sentimientos que corresponden a la feminidad y, por lo tanto, no deberían estar presentes en esos soldados que están siendo entrenados para ser unas frías máquinas de guerra, insensibles y despiadadas. Esto es lo que parece argumentar que no se admitan mujeres en ese cuerpo especial del ejército, ya que el aparente *impulso natural* que despiertan las mujeres victimizadas de ser protegidas y objetos de cuidados y compasión, atenta contra la rudeza requerida y la necesaria insensibilidad de esos soldados. Tal concepción trasluce un esencialismo biológico coherente con ese modelo de masculinidad en el que la dimensión física es primordial.

Aquí parecen darse por sentados supuestos insostenibles si se les mira desde una perspectiva de género; es decir, a partir de la afirmación de que lo femenino y lo masculino son construcciones culturales más o menos arbitrarias, cuya forma depende de los modelos de género que se proponen

como legítimos en los contextos determinados. En otras palabras, lo que sorprende es que la teniente no pida a gritos que detengan la tortura, que no se dé por vencida, se rinda y caiga en brazos de su agresor, provocando la mirada recriminatora de sus compañeros enjaulados sobre éste, que estaría evidentemente arrepentido. Sorprende que ella no convoque a un motín, sino a lo contrario: a disciplinarse y obedecerla; esto es, a cumplir con los ideales esperados. *Se supone* que una mujer: a) no es fuerte, b) no resiste, c) no tiene capacidad para la disciplina, d) no debe dar órdenes a los hombres, e) no será obedecida por ellos; y, sobre todo, f) no tiene *nada* ahí donde dice que le chupen. Por eso sorprende tanto esta escena, porque sucede todo al revés, pero *al revés solamente de lo que se supone que debe ser una mujer, no de lo que las mujeres son.*

Por otra parte, es interesante notar cómo en *Hasta el límite* se realiza

una especie de trastocamiento de ciertos elementos: se presenta *en el exterior* lo que en este tipo de instituciones masculinas se vive *en el interior*. Con esto, parece estar presentando en la pantalla el mecanismo de la fobia: como se teme tanto cualquier vestigio femenino en el interior de cada uno de los individuos que componen esta institución, entonces se visualiza *afuera*, y así se puede tener control sobre ello. En otras palabras, si lo femenino existe solamente en las mujeres, basta con cerrarles las puertas a cierto tipo de espacios sociales, con fortalecer las fronteras del género, para que el modelo de masculinidad que se pretende no tenga fisuras ni grietas por donde pueda colarse la sospecha sobre la integridad de ese modelo.

Lo más interesante es que este mismo mecanismo puede estar en la base de muchos otros fenómenos sociales en los que las fronteras de género se erigen de una manera rígida e intolerante: profesiones, lugares, posiciones,

oportunidades, preferencias, posibilidades, marcadas por este intento de mantener cercado lo que se teme, donde no se cuestiona *qué* es lo que cada quien es, si cada quien se mantiene en el lugar que nos lo dice. Y más interesante aún, si se va un poco más lejos y pensamos sobre las identidades culturales y los fundamentalismos religiosos y políticos en esta misma línea, donde el miedo a *contener lo otro*, lo diferente, genera mecanismos de expulsión y agresión contra todo otro. En este sentido, se presenta otra escena elocuente: O' Neil y un compañero están en medio del mar en una práctica; un tercer soldado hace algo que conduce al fracaso de la teniente en el ejercicio militar. El soldado que la acompaña se da cuenta, y le dice que él " la comprende" , ya que siendo de raza negra, sabe que su abuelo tuvo que enfrentar los mismos tratos

discriminatorios en el ejército, y que lo que ella está sufriendo ahora abrirá las puertas a otras mujeres en el futuro. Con esto se plantea un paralelismo entre los ejes de exclusión social que representan la raza y el género, aunque si imaginamos a una mujer de raza negra pretendiendo ingresar en el grupo de los Seals, veríamos que el del género es aún más radical que el de la raza.

La película es, pues, un producto perfecto de un sistema de pensamiento en el que parece asumirse como evidente lo que no lo es tanto, y donde las reacciones que se quieren provocar en el público dependen de que dicho sistema opere efectivamente. Probablemente esto sucede con cualquier película, pero en este caso se deja ver de manera muy clara lo que concierne a la efectividad de los estereotipos de género.